

Primer Siglo del *Tesoro Guadalupano* del Canónigo Vera.

Conste, pues, que el hecho de la Aparición es *histórica y teológicamente* cierto; necedad es negar un hecho histórico cierto, y temeridad es negar un hecho sobrenatural, teológicamente comprobado.

NOTA.

Las anteriores páginas están tomadas con permiso del Autor de los "Apuntamientos en defensa de la Virgen del Tepeyac, contra una obra recién impresa en México," que se han publicado en "El Amigo de la Verdad," de la ciudad de Puebla.

En ellas está perfectamente refutada la objeción que hacen los que niegan la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe; de la no existencia de documentos, y el autor, con una erudición y lógica verdaderamente admirable, patentiza la mala fe con que proceden, queriendo arrebatar nos una creencia tan sólidamente arraigada y á la que están indisolublemente ligados el porvenir y la felicidad de nuestra patria.

Sirva esta publicación de protesta contra el libro que principalmente se combate, y si con la difusión de este opúsculo se evita la caída de algunos incautos, quedarán satisfechos los deseos de

Los Editores.

+ *Tomada según*
NUESTRA SEÑORA

DE

GUADALUPE

TRADICION

DE

SUS MILAGROSAS APARICIONES



MEXICO

ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUÍA

AVENIDA DEL 16 DE SEPTIEMBRE, 24

1911



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

Siendo una empresa tan católica como patriótica el propagar, por todos los medios posibles, el conocimiento de la historia guadalupana, nos ha parecido conveniente imprimir este pequeño opúsculo, cuya circulación servirá para cooperar á que se perpetúe la hermosa y nacional tradición que hasta ahora ¡bendito Dios! se ha conservado intacta entre los mexicanos.

La relación que sigue ha sido literalmente copiada del opúsculo publicado por el distinguido y egregio escritor guadalupano D. Luis Becerra y Tanco. Este folleto que apareció en 1666, contiene la tradición contemporánea escrita por Valeriano, descendiente de Moctezuma. La fuerza probatoria del documento, cuya verdad está comprobada por monumentos y testimonios de irrecusable autenticidad y antigüedad, son motivos para hacer estimables estas páginas.

ORACION

María Santísima de Guadalupe, Reina y Madre de los Mexicanos, envía tus legiones de Angeles para que bajo tu dirección repriman y encadenen á los demonios que hacen tanto estrago en este reino tuyo y patria nuestra.

TRADICION DEL MILAGRO

Corriendo el año del nacimiento de Cristo, Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México, y su provincia de la Nueva España cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra, y habiendo comenzado á florecer en aqueste Reino el Santo Evangelio, sábado, muy de mañana, antes de esclarecer la Aurora, á nueve días del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos á nuestra santa fe católica, el cual en el Santo bautismo se llamó *Juan*, y por sobrenombre *Diego*, natural, según fama, del pueblo de *Cuatitlán*, distante cuatro leguas de esta ciudad hacia la parte del Norte de la Nación mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía*, de la misma calidad que su marido, venía del pueblo en que residía (dícese haber sido el de *Tolpetlac*, en que era vecino) al templo de Santiago el mayor, Patrón de España, que es en barrio de *Tlaltelolco*, doctrina de los religiosos del Señor san Francisco, á oír la misa de la Virgen *María Magdalena*, pues, al romper del alba, al pie de un alfilero pequeño que se decía *Tepeyacac*, que sigue la *extremidad* ó *remate agudo de los cerros*, porque sobresalen

á los demás montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y és el que más se le acerca; y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá después de ésto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que según dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coros los unos á los otros con singular concierto. cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimación se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso arco iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva, que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbación alguna, sintiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí. “¿Qué será ésto que oigo y veo? ó adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial, oculta á los ojos de los hombres?” Estando en esta suspensión y embelesamiento, y habiendo cesado el

canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado, habiéndose aproximado.

PRIMERA APARICION.

Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora, muy semejante á la que hoy se ve en su bendita imagen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo, “que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales, que allí nacen pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinas de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes:” y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—“*Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente, como á pequeñito y delicado* (que todo

esto suena la locución del lenguaje mexicano)
¿á dónde vas?"

Respondió el indio:

—“**Voy**, noble dueña y Señora mía, á México, y al barrio de Tlaltelolco, á oír la misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos.”

Habiéndole oído María Santísima, le dijo así:

—“**Sábet**e, hijo mío, muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo, y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones: y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y como es gusto mío que me edifique un templo en este lugar, le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto tú, que te agradeceré lo que por mí hiciéres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el tra-

bajo y diligencia que pusieres; y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.

Postrándose el indio en tierra, le respondió:

—“Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora”.

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecución de lo prometido fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era este el Ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde: obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciéndole: que le enviaba la Madre de Dios, á quien había visto y hablado aquella madrugada; y refirió todo cuanto había visto y oído, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fe

y crédito, juzgando que fuese imaginación del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recién convertidos á nuestra sagrada religión: y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que había referido, y le halló constante; con todo le despidió, diciéndole que volviese de allí á algunos días porque quería inquirir el negocio á que había ido, muy de raíz, y le oiría más despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo á la deliberación. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le había dado fe y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

SEGUNDA APARICION.

Volvió Juan Diego éste propio día sobre tarde, puesto el sol, el pueblo en que vivía, y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac* que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, á la parte de Nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque sería en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del ce-

rrillo, en que por la mañana había visto y hablado á la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postándose en su acatamiento, le dijo:

—“Niña mía, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el obispo, hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto, le dí tu embajada en la forma que me ordenaste: oyéme apacible y con atención; más á lo que yo ví en él, y según las preguntas que me hizo, colegí que no me había dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio á que iba, y escudriñarlo muy de raíz. Presumí, que el templo que pides se te labre, es ficción mía, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego, que envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito, porque ya ves, dueña mía, que soy un pobre villano. hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías: perdona, Reina mía, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caído en tu indignación, ó te haya sido desagradable con mi respuesta”.

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenía en el escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mía, sino es la trasla-

ción del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndolo oído le dijo así:

—“Oye, hijo mío muy amado, sábetete que no me faltan sirvientes, ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harían lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervención tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mío, y te ordeno, que vuelvas mañana, á ver y hablar al obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía, es la Virgen María, Madre del Dios Verdadero”.

Respondió Juan Diego:

—“No recibas disgusto, Reina y Señora mía, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazón á obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo: más quizá no seré acepto ni bien oído, ó ya que me oiga el obispo, no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz, alta niña mía, y Dios te guarde.”

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió

noticia á su mujer ó á otra persona de lo que le había sucedido, porque no lo dice la historia: sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

En el día siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlaltelolco* á oír misa, y asistir á la doctrina cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios [que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago *Tlaltelolco*, que se dividió después en otras cuando hubo copia de sacerdotes] volvió el indio al palacio del Señor Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Señor Obispo el avisarle para que le oyese; habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos: “cómo por segunda vez había visto á “la Madre de Dios en el propio lugar que la vió “la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le había dado antes; y “que de nuevo le había mandado volver á su presencia á decirle, que le edificase un templo en “aquel sitio que la había visto y hablado; y que “le certificase como era la Madre de Jesucristo “la que lo enviaba, y la siempre Virgen María”. Oyóle con mayor atención el Señor Obispo, y

empezó á moverse á darle crédito, y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decía, y acerca de las señas que tenía la Señora que lo enviaba: y aunque por ellas reconoció que no podía ser sueño ni ficción del indio; para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: “que no era bastante lo que le había dicho, para poner luego por obra lo que pretendía; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde coligiese que era la Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labrase el templo”. Respondió el indio, que viese cuál señal quería, para que la pidiese”. Habiendo hecho reparo el Señor Obispo, que no había puesto excusa en pedir la señal el indio, ni dudado en ello, antes sin turbación alguna había dicho, que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguían, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que había señalado,

y en que afirmaba haber visto á la Virgen María; y que advirtiesen con quién hablaba, y le trajesen razón de todo cuanto viesen y entendiesen: hízose así conforme á la orden del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á un puente por donde se pasaba el río, que por aquella parte, y casi al pie del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguían: y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron y teniéndolo por embaucador, y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él: y habiendo informado de todo al Señor Obispo, le pidieron que no le diese crédito, y que le castigase por el embeleco, si volviese.

TERCERA APARICION

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo, “como en cumplimiento de su man-

“dato, había vuelto al palacio del Obispo, y le había dado su mensaje; y que después de varias preguntas y repreguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple relación, para tomar resolución en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio”.

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese el día siguiente al mismo paraje, y que allí le daría señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortesmente, prometida la obediencia.

Pasó el día siguiente, lunes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecución lo que se le había ordenado, porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tío suyo, llamado Juan Bernardino, á quien amaba entrañablemente, y tenía en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli*; y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algún remedio: y habiéndole conducido adonde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó á su sobrino

que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlaltelolco* á llamar á uno de los religiosos de él, para que le administrase los santos Sacramentos de la Penitencia y Extremaunción, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día martes doce de Diciembre, caminando á toda diligencia á llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guía: y así que empezó á esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde había de subir á la cumbre del montecillo, por la parte del Oriente, le vino á la memoria el no haber vuelto el día antecedente á obedecer el mandato de la Virgen María, como había prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que la había visto, había de reprenderlo, por no haber vuelto, como le había ordenado, y juzgando con candidez, que cogiendo otra vereda, que seguía por lo bajo y falda del montecillo, no le vería ni detendría; y porque requería prisa el negocio á que iba, y que desembarazado de este cuidado, podría volver á pedir la señal que había de llevarle al Señor Obispo: hizolo así; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

CUARTA APARICION.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—“¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?”

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas:

—“Niña mía muy amada, y Señora mía, Dios te guarde ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueña mía, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tío, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al Templo de Tlaltelolco en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que, en fin, nacimos todos sujetos á la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.”

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—“Oye, hijo mío, lo que te digo ahora; no te moleste, ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que está sano (y fué así, según se supo después, como se dirá adelante.)

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—“Pues envíame, Señora mía, á ver al Obispo, y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito.”

Díjole María Santísima:

—“Sube, hijo mío muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallarás allí, y recógelas en el regazo de tu capa, y tráelas á mi presencia, y te diré lo que has de hacer y decir”

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabía de cierto que no había flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla frescas, olorosas y con rocío; y poniéndose la manta ó tilma, como acostumbra los naturales, cortó cuantas

rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pie de un árbol, que llaman *Cuauzahuatl* los indios, que es lo mismo que *árbol de telas de araña*, ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y solo da unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, á cuyo pie pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre al frente; y aquí fué, sin duda, el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imagen, porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que había cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

— Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas haga lo que te ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi Templo.

Y dicho esto, le despidió la Virgen María.

Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada: y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

APARICION DE LA IMAGEN.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio Episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo; hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba; viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas; y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Señor Obispo; y habiendo entrado el indio en su presencia y dándole su mensaje, añadió que llevaba las señas, que le había mandado pedir á la Señora que lo enviaba; y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la imagen de María Santísima, como se ve el día de hoy.

Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, clorosas, y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la santa imagen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenía atrás en el cerebro, y la llevó á su oratorio; y colocada con decencia la imagen, dió las gracias á Nuestro Señor y á su gloriosa Madre.

Detuvo aquel día el Señor Obispo á Juan Diego en su palacio; y el día siguiente le ordenó que fuese en su compañía y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima que se le edificase Templo. Llegados al paraje señaló el sitio y sitios en que había visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios; y pidió licencia para ir á ver á su tío Juan Bernardino, á quien había dejado enfermo; y habiéndola obtenido, envió el Señor Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que si hallasen sano al enfermo, lo llevasen á su presencia.

QUINTA APARICION.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacían, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aque-

lla novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y como la Virgen Santísima le había asegurado de su mejoría, y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le había dicho que estaba libre del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto había visto á la misma Señora, en la forma que le había dicho; y que le había dado entera salud; y que le dijo “como era gusto suyo que se le edificase un Templo “en el lugar que su sobrino la había visto; y así- “mismo que su imagen se llamase Santa MARIA “DE GUADALUPE;” no dijo la causa, y habiéndolo entendido los criados del Señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia, y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que había cobrado salud, y qué forma tenía la Señora que se la había dado; averiguada la verdad, llevó el Señor Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se había difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudían los vecinos de la ciudad al palacio Episcopal á venerar la imagen. Viendo pues, el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la imagen Santa á la iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que había señalado el indio,

en que se colocó después con procesión y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradición sencilla, y sin ornato de palabras; y es en tanto grado cierta esta relación, que cualquiera circunstancia que se le añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa; porque la forma en que se ha referido, es muy conforme á la precisión, brevedad y fidelidad, con que los naturales cuerdos, é historiadores de aquel siglo escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su imagen se llamase de GUADALUPE, no lo dijo; y así no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradición primera, más antigua y más fidedigna.

¡Santa María de Guadalupe, Reina de los Mexicanos, sálvanos!

A. M. D. G.



Tomada razón
-: REGLAMENTO :-

DE LA ASOCIACION

DE LA

CORTE DE DAMAS CONGREGANTES

DE

SANTA MARIA DE GUADALUPE

fundada en la Colegiata por el Señor Canónigo Lic.

DON MANUEL GARCIA CORAIL

y erigida canónicamente por el Ilustrísimo Señor Doctor

D. PELAGIO A. DE LABASTIDA Y DAVALOS,

el 2 de Febrero de 1887.



IMPRENTA de JUAN REYES VELASCO

1a. del Correo Mayor, Número 10

1915